
Catherine Millot

¡Oh, soledad!

El libro que nos regala Catherine Millot fue escrito durante un crucero mediterráneo, escritura de “vacaciones” después de un trabajo sobre Mme. Guyon que la autora acababa de entregar a su editor. El texto que nos entrega en la magnífica traducción de Beatriz Vegh, trasmite algo de esa quietud que ha interrogado en la mística del siglo XVII.

Curiosamente, sin embargo, este viaje que se anuncia tan placentero se ve sorprendido desde la primera noche por una pesadilla en la que retorna su padre ya fallecido. Como una campanada ese sueño anuncia al lector que los duelos no estarán ausentes en este viaje como la cara oscura y dolorosa de una apreciable soledad. Los muertos queridos y también las separaciones dolorosas del transitar amoroso harán sus presentaciones traídas ya por el hilo del relato, o - como en esta primera aparición- por ese hilo más misterioso que continúa, discontinuando, la vigilia con el sueño.

Los viajes se multiplican a medida que se avanza en la lectura y conducen al lector al descubrimiento de todo tipo de paisajes: las peripecias del presente se entretejen con recuerdos de otros tiempos, viajes, traslados, que anidan en el pasado de la escritora, en su infancia, en especial, la de una niñez sin raíces territoriales fijas característica de la vida de una familia de diplomáticos. También acuden a su memoria los viajes de su adolescencia, no sólo los desplazamientos espaciales sino con particular énfasis el viaje emocional de su primer amor.

Con este sesgo de aproximaciones y despedidas la soledad aparece pergeñada como experiencia espiritual fausta o nefasta, de interioridad apacible o tormentosa, gozosa a veces, angustiada y dolorosa otras.

¡Oh, soledad! despliega un ritmo meditativo que felizmente hace difícil catalogarla: ¿acaso sea una novela, como propuso Philippe Sollers? o un ensayo? o una autobiografía? Hay de todo ello un poco. En una deriva asociativa que hace a su encanto la autora deja volar su pluma y pasa de la descripción de las islas mediterráneas, que visita, a las preguntas sobre esa soledad en la que gusta recalar, no al modo misantrópico sino como respiración vital en una vida poblada por múltiples e intensos encuentros con otros.

Esos otros cotidianos de las primeras amistades infantiles abruptamente cortadas por los cambios en el destino familiar la llevan a esa peculiar forma de encontrarse intensamente con esos otros, los libros, fieles compañeros a largo de su vida. Se trata de una soledad poblada, acompañada por ejemplo desde el inicio de la mano de Proust.

El viaje en crucero se transforma en viaje interior proseguido luego en otros territorios, con otros medios de locomoción, del avión a la bicicleta, recorrido en

los que evoca con autores amados tiempos vividos en Hungría, Finlandia y que ella asocia, por ejemplo, con ciertas pinturas como los de Caspar David Friedrich, ese pintor romántico, del que nos cuenta sus duelos precoces y cuya pintura le sugiere “un lazo entre la melancolía, el gusto por la soledad y el del infinito”(p.37). Pero también está vivenciada la soledad como ese espiral abismal del *Maelstrom* que Friedrich presenta en uno de sus cuadros y que también inspiró uno de los cuentos de Edgar A. Poe. El tinte melancólico que también a veces tiñe su soledad la lleva a las telas de Rothko, pasando así, de pintor a pintor, del pasado a nuestra contemporaneidad. La soledad va apareciendo en su pluma con todas las gamas de una rica paleta de colores. Iluminada como torbellino que amenaza tragar a quien se acerca a su epicentro, imagen de la angustia y de su vértigo subjetivo que por momentos creyó la devoraría; fauce abierta como la boca del *Métro* por donde vio desaparecer sin palabras a su primer amor; experiencia juvenil de los efectos devastadores de un abandono amoroso, desastre subjetivo del que no se recuperó fácilmente. Su pasaje a otro estado de ánimo nos es sugerido luego por paisajes en donde domina la pacificación interior, al borde del abismo. Ese tránsito, esa manera de situarse subjetivamente en ese borde, no es ajena a su experiencia analítica con Jacques Lacan.

La soledad aparece situada entonces como una opción que incluye sus propias tensiones entre disfrutarla y sufrirla. Elegida Millot la presenta bajo dos figuras: la del monje solitario en su celda y la del errante en el desierto.

Cercana a Roland Barthes, Millot aprecia sus libros y sigue sus cursos, sobre todo los últimos en los que Barthes aborda justamente la cuestión del “*Cómo vivir juntos*”. A través de la evolución en Occidente de la vida monástica, de la vida eremítica a la cenobítica, Barthes estudia la búsqueda de lo que llama idioritmo, es decir el estilo, la ecuación personal que cada uno ha de encontrar conjugando los tiempos de soledad con los tiempos compartidos. Sin duda Barthes ocupa un lugar privilegiado en el libro pues encarna esa figura de monje contemporáneo buscada en la vida solitaria dedicada casi por completo a la escritura.

La otra figura contrapuesta y en la que también se detiene extensamente es la del errante en las grandes llanuras, para ella encarnado por William H. Hudson. En el capítulo que le dedica el lector de esta edición se podrá sentir aún más involucrado por las referencias a los paisajes sudamericanos, a los espacios de horizontes lejanos de la Pampa y sobre todo de la Patagonia, así como por la escritura del mismo Hudson. Cómo no tener presente su “*Tierra purpúrea*”, que ella cita junto con “*Días de ocio en la Patagonia*” y su “*Allá lejos y hace tiempo*”. Ese anglo-argentino tan nuestro, en su andar errante de ornitólogo realiza para Catherine Millot la figura del solitario errante.

Volvamos ahora a la pregunta acerca del registro en el cual situar la escritura misma de Catherine Millot. Sus recuerdos y su presente no se traman, en nuestra opinión, mediante un movimiento introspectivo, más bien diríamos que su experiencia psicoanalítica, como analizante de Lacan y luego como analista, marcan la fluidez de su prosa, al punto de hacerle adquirir en muchas de sus páginas la resonancia de la poesía. La práctica de la libre asociación induce también el estilo de escritura de este libro.

Ese ir y venir entre distintas temporalidades, esa libertad para dejar llegar a su pluma distintos tipos de recuerdos nos lleva también a prestar atención a su manera de tratarlos. Ya sean recuerdos felices o desgraciados, diríamos, con Kierkegaard, que no se repiten mirando al pasado, como meras reminiscencias, sino que forman parte del movimiento actual en el que su vida se reanuda con ellos, repetición abierta al por-venir.

Sus relatos están lejos también de una teorización sobre la soledad aunque en la última parte de su libro se ve apremiada por algo que la acerca al ensayo sobre el tema que la ocupa. Allí se destaca la referencia a Donald Winnicott y en particular a su artículo "*La capacidad de estar solos*" en donde Winnicott sitúa el arraigo de esa experiencia en la primera infancia, cuando el niño logra jugar solo en la compañía silenciosa de su madre. Esa callada presencia permitiría el despliegue del juego en autonomía y relación con la madre.

También hace Millot una referencia a su participación en los seminarios de Lacan pero allí su experiencia analítica desborda la preocupación teórica. En esa deriva nos regala una intervención de Lacan. Se trata de un momento en el que él interrumpe el relato pormenorizado que ella estaba realizando de sus síntomas a partir de su fracaso amoroso para lanzarle abruptamente: "¡el amor, eso es lo que Ud. conoció!". Intervención que tuvo más peso quizá que páginas de teoría. Su recuerdo lo atestigua. Intervención reveladora en su actualidad por la invitación allí implícita a despatologizar el dolor de un fracaso amoroso.

Pero Millot insiste, por momentos, moderadamente es verdad, con su pregunta acerca del Yo en otras experiencias de desasimiento en soledad, como son las experiencias místicas en las que ha trabajado largamente y de las que se ha sentido cerca en algunos momentos, ya en la ruptura de un amor, ya en la enfermedad que conoció desde niña y en la que ve anclarse su gusto por la soledad y por el binomio lectura-escritura.

¿Qué pasa con el Yo cuando sus fronteras se hacen más flexibles y se vive una cierta manera de ir más allá de los límites de la simple razón? ¿Qué es ese borde en donde la angustia aparece como señal, borde experimentado de un vacío, un agujero, un abismo que nada puede colmar ni suturar. Preguntas que abren territorios y que no pretende responder con una nueva teoría.

Ese espacio que la teoría no cubre Millot invita a tratarlo con una estética de la existencia. Cierta arte se revela necesario para forjar un estilo de vida y cada uno ha de descubrir qué tipo de juego va a ir estableciendo entre sus espacios de soledad, sean estos con la figura que sean, y los espacios de encuentro con los otros.

Con su práctica de la escritura da a entender al lector que ello la conduce a aprender de los artistas, punto que no deja de cruzarse con su práctica de analista. No le es seguramente ajeno el decir de Lacan acerca del artista adelantándose al analista.

Este libro está escrito siguiendo las huellas de las artes y de los artistas en el camino que trasmuta la naturaleza en cultura. De los paisajes contemplados en los viajes pasa a las pinturas, a los libros, y de esos encuentros amorosos surge su propia escritura poética para ofrecernos, metamorfoseado en letras, aquello que contemplaron sus ojos o deleitaron sus oídos y que le permite escribir que significa para ella la experiencia de la soledad.

A lo largo de la lectura de *¡Oh, soledad!* el lector va recorriendo espacios y tiempos que no obedecen a una linealidad ni a una cronología. Si bien el viaje allí evocado en sus variadas metáforas es el de la vida misma, no está presentado al modo de un comienzo- desarrollo- final, sino más bien con una desordenada construcción en la que descubrimos la impronta del cine de un Godard y de la escritura de un Robbe-Grillet y de una Marguerite Duras.

Espacios y tiempos que requieren una topología en continua ruptura con el imaginario imperante que sólo ofrece un esquema desarrollista del periplo vital. Aquí también podríamos señalar otra posible incidencia de la experiencia analítica de la autora, experiencia que requiere justamente habilitar nuevos espacios y nuevos tiempos para vivir con otros y en soledad.

Sólo resta al lector de estas líneas embarcarse con Catherine Millot en el muy hermoso libro que nos propone.

Raquel Capurro